

TEODORO

Por. Lic. Psic. Gonzalo Fierro Osos.

El calor era insoportable, y por orden del gobierno de Gabriel Pereira las carretas debían salir de San Felipe en convoyes, puesto que de forma aislada solían propagar aún más el mal, no habiendo faltado ocasión de que alguna carreta solitaria, por el constante trajín en su fatigado tren, descornase una rueda volcando así su tétrica carga, necesitándose más hombres para rehacer el “flete”, y unos tres pesos más por cada uno que, con los recursos que venía empeñando esta desangrada nación, ya resultaban demasiado. Por tanto la solución fueron los convoyes. Largas filas de doce o más carretas que vistas desde la lejanía figuraban el panorama más siniestro; una larga serpiente muerta pero que por pura artesanía del diablo continuaba reptando fundida en una densa nube de polvo. No cediendo el calor, ahora el lúgubre carrero, ganando los mismos tres pesos, debía cubrir la mayor parte de su rostro con un gran pañuelo que enjuagaba continuamente en sudor y tierra, causada por las embestidas de polvo levantado por la carreta delantera, y que le irritaba la garganta hasta la llaga viva, además, el agua por esos días era tan escasa como costosa. Su vida peligraba en cada bocanada de aire y lo sabía, pero tres pesos eran buena paga para costear las medicinas y ungüentos que su familia requería constantemente. Llegando el convoy a la península, se divisaba en el extremo de esta una ascendente columna de un denso humo negro a la que todos los carreros anticipaban un rosario empapado de plegarias diversas.

A unos 100 kilómetros al oeste de San Felipe, y otros tantos de aquella humareda de Punta de las Carretas, el panorama era drásticamente distinto, y una pausada y rítmica sucesión de pasos rompía el silencio de esa sensualidad espiritual propia de una naturaleza costera exuberante. En ese pago casi aún virgen, donde apenas se divisaba en la lejanía la fortaleza que oteaba celosamente el estuario sobre el que se derramaba agonizante San Felipe, el caminante buscaba apaciguar sus demonios, todo lo horrendo visto en 51 años de vida; los invasores, la sangre hermana vertida en su tierra, el exilio y ahora la peste que, dada su condición académica y moral, no podía evitar asistir. Pero ahí, en su elemento más vital, ese que sus mayores alegrías le había traído, lograba echar fríos paños a esas realidades que oprimían su pecho en una angustia que solo alguien como él, alguien con su historial de forja en lo más duro, tal vez podría mitigar aunque fuese ya en una mínima parte.

Ya a sus cuatro años de edad, fue testigo de algo que se sucedería otras tantas veces, pero que en esa tierna infancia, no podría siquiera comprender. Fue la primera vez que vio su tierra empapada en sangre y fue la primera vez que sintió el verdadero horror, un horror que desembarcaba con arrogancia en casacas rojas, hablando un idioma que él más tarde dominaría entre otros tantos de aquel viejo mundo. ¿Quiso tal vez el destino prepararlo así, de la forma más cruenta para un porvenir brillante, del que tal vez nunca logró tomar cabal conciencia? Ni en su madurez podría él explicarlo. Expulsados los ingleses, ahora a sus catorce años fue testigo nuevamente -y por un periodo más prolongado y lascivo-, de la codicia que con sus garras todo lo quiere para sí misma. Comenzaba el reinado cisplatino de Lecor, huían los “héroes”, y siendo ahora un mozo, lograba comprender los alcances de lo que años atrás solo visualizaba como horrendo a secas. Comenzaba a comprender lo que a su padre, Don Miguel, angustiaba profusamente, ya que si bien nacía una república independiente, detestaba que su hijo lo atestiguase de una forma tan violenta, bárbara, poco civilizada y empapada de traición.

El periodo de la ocupación lusitana marcó profundamente al joven Teodoro, dando génesis a una irremediable obsesión por comprender, o si se quiere, algo infinitamente más abarcativo que esto, la búsqueda aguerrida y sobradamente tenaz de las verdades que siempre porfiaban presentárseles parcializadas, dependiendo del quien y el cómo. Comenzaría así el derrotero de un buscador incansable a quien solo la aventura de buscar, le gratificaba como nunca nada lo haría, siendo sus hitos y logros, meras consecuencias de un apasionado hijo de los periodos más venales de nuestra naciente república.

...

Sus pasos se detuvieron abruptamente cuando reparó en un detalle que lo retrotraería a sus treinta y pocos años. Observó gravemente que bajo el segundo estrato de sedimento que la barranca a unos metros de él mostraba, surgía un tercero casi a ras del suelo y que nunca había visto. Con el brío de aquella juventud de otrora, trotó hacia este extraño suelo hasta quedar de rodillas, examinándolo con la agudeza propia de un médico, cosa que también él era. Un nuevo estrato sedimentario albergaba la posibilidad de conocer más sobre la historia de nuestra tierra y las bestias que la habitaron. Aún con la túnica puesta, palpó nerviosamente sus bolsillos buscando recado de escribir; tomó la pequeña libretilla que siempre llevaba consigo -tenía desde casi siempre el hábito de tomar nota de cuanto considerase relevante en el área de conocimiento que fuere-, se alejó un poco para lograr perspectiva y se enajenó en sus apuntes e ilustraciones.

“Cuanto queda aún por conocer!”, pensaba en voz alta con una muy sana sonrisa a la vez que apuntaba y recordaba aquella primer expedición de la Biblioteca Nacional -de la que era activo miembro junto a su fundador D. A. Larrañaga- a el arroyo Pedernal, que realizó a sus 34 años junto con el Dr. Bernardo P. Berro y el naturalista francés Arsène Isabelle, materializado un año más tarde, hacia 1838, en la primer descripción científica realizada en el país sobre una especie de mamífero prehistórico que habitó estas tierras, ganándose Teodoro elogios desde todos los más altos círculos intelectuales, pues el completo y minucioso informe sobre el hallazgo, un gliptodonte, suerte de “mulita” prehistórica pero que su tamaño ascendía a un poco más de la cintura de un hombre, era de tan alto rigor científico, que posicionó inmediatamente a estas latitudes al nivel de desarrollo de las más prestigiosas universidades europeas, cuando desde allí, no veían en estas américas sino iletradas hordas bárbaras.

Y aquí estaba nuevamente, casi veinte años después. Parecía no poderlo evitar, era ya algo arraigado a su esencia misma, y eso, no envejecía nunca, por el contrario, florecía constantemente tras cada pregunta, tras cada visión parcial de algo, tras la vida misma como fuente inagotable de crecimiento espiritual.

Ese mismo librito mantenía aún añejas anotaciones que ya eran de amplio conocimiento entre las diferentes -incipientes muchas-, comunidades científicas rioplatenses. Grafismos fonéticos, detalladísimas escenas en movimiento, ilustraciones de rostros, quehaceres y almas libres; un registro agrídulce pues solo esto último quedaba, el registro, el legado recogido con frenético ahínco cuando a sus 30 años regresara de culminar sus estudios en medicina en París, y tomando tristísima noticia de lo sucedido hasta hacía un año atrás, con la muerte del General Bernabé y lo más horripilante que, ya parecía costumbre en su tierra carmesí, la deliberadamente atroz encamisada que Frutos orquestó a los nativos charrúas en el codo del arroyo Salsipuedes. ¿Cómo era eso posible?

Algunos inclusive aún recuerdan a Teodoro recorriendo cuanto rincón aún mantuviese vestigios de esa gran nación del arco y la flecha. Dicen, se mantuvo largo tiempo en la

campaña de día y bajo la luz del candil a la noche, redactando en vela y casi en trance, extensísimos registros de lo que se había perdido a causa de una nación buscando con infantil arrogancia una modernidad espejada en Europa. El no daba crédito de la ilusión en la que el joven Uruguay se había sumido, pretendiendo emular ese lugar que muy bien conocía Teodoro, esa Europa que, hundida también en guerras, mucho distaba de la imagen que por estos lados de ella se tenía y tristemente se intentaba emular, teniendo nosotros todo. Pero insistíamos en olvidar nuestra verdadera identidad, extirpando de raíz lo que no encajaba - antojadizamente- en los cánones de la modernización, cuando aún faltaba verter mucha sangre para apenas llegar a la adolescencia en esta república. No quería considerarse un adelantado a los tiempos y coyunturas que le estaban tocando vivir, pero porfiaba en negar un evidente retraso en su siempre querida tierra, y a la que siempre volvería.

Fueron esos tiempos amargos, que sumarían a la templanza de un hombre que en vez de resignarse al silencio, redoblaría esfuerzos en sumar luz, tarea en esos tiempos, como menos solitaria. Al menos, su optimismo le inclinaba a suponer que lo peor e inevitable tal vez, había ya pasado. Sufrimos invasiones, traiciones, derramamos sangre extranjera y propia, pero ya éramos independientes y con una fresca constitución. Exceptuando los grotescos ensayos de acelerar los procesos naturales de modernización de una república, todo lo mejor estaba ya servido para ser tomado en tiempos venideros. Nobel y joven doctor en medicina, comenzó entonces su ejercicio afanosamente.

...

Durante los siguientes tres años nada en el horizonte turbaba su percepción de un porvenir digno de celebrarse en cada acto, y así lo realizó en su desempeño como médico higienista que no tardó mucho en tornarse brillante. Alternaba su ejercicio con enriquecedoras expediciones en carácter de naturalista; al mismo tiempo, convencido de que los errores y horrores del pasado tendrían una explicación que fueran germen de un aún mejor futuro, comenzó a coleccionar e indagar documentos relativos a nuestra noche como nación; ató cabos, estableció paralelismos regionales y, en última instancia produjo ingeniosas revisiones históricas que le amigaron provisoriamente con su tierra a la cual consideraba de a momentos como una hermana menor. El más fresco barlovento le envolvía convencido de que todo sería glorioso, pero el porfiado destino trajo nuevamente las noticias más insospechadas desde el arroyo Carpintería. La realidad terciaba otra vez bajo la forma más delirante, 1836 fracturó en dos a un país que recién comenzaba a abrir sus ojos, y destrozaba los de Teodoro. Frutos y Manuel Oribe lo enrarecieron todo de la noche a la mañana -aunque tras bambalinas fue un proceso en el que dudosas intenciones extranjeras impulsaron a esta patria a ese inevitable cuello de botella- y se enfrentaron a lanza seca; comenzaba así el primer acto fratricida del Uruguay. De ahora en más, dos placas tectónicas rozarían, formarían picos y valles, sangrarían. El partido Blanco y el Colorado habían nacido se preguntaba Teodoro para qué; las pasiones más bajas se inflamarían formando hordas viscerales de odio entre pares. Nuevamente, todo parecía retroceder, y tras un largo periodo de angustia y huraña meditación, el mismo dilema se presentaría “¿Será tal vez esta la evolución natural de mi pueblo? “, se preguntaba recordando inevitablemente a Darwin. “¿Será la sangre nuestra marca identitaria?”, “¿Resignarme?”.

Nunca!

Hacia 1837 Teodoro comienza una brillante escalada hacia conocimientos trascendentales -y esta era la búsqueda- bajo la premisa de que siempre debemos adelantarnos paso y medio para evitar un retroceso que sea definitivo e irrecuperable. Comenzó así a dejarse llevar por

ese vertiginoso impulso por conocer y buscar la verdad, impulso que muchas veces consideró inconveniente, pero ahora, era superior a su voluntad, por tanto -algo que tal vez nunca descubrió-, debía ser respetado, pues era la pasión por la vida misma en su infinita extensión de magnificencia la que dictaba los compases. Se despojó pues de ataduras dogmáticas y se entregó a la vida y sus misterios, siempre, libreta en mano. Nació ahora un filántropo por naturaleza.

Encontrándose Teodoro en sus máximas apetencias epistemofílicas y deliberadamente carentes de fronteras, un 22 de febrero de 1840, dobló sonriente el periódico y a paso ágil se dirigió a su domicilio donde comenzaría las primeras líneas de un brillante artículo de prensa acerca de lo que en los siguientes días acontecería en San Felipe. En las primeras horas de la mañana del 23, con apenas un par de horas de sueño, se dirigió agitado de entusiasmo al puerto en donde, entre el trajín de las gaviotas que hacían festín de los desechos de los pescadores, y los curiosos que iban llegando en enormes cantidades, se aprestó para el atraco de L'Oriental, buque que venía desde recaladas por las costas del Brasil con lo último en la ciencia combinada entre química y óptica, un daguerrotipo a cargo del científico y abate francés Louis Comte y una comitiva decidida a demostrar en esta ciudad las maravillas de la incipiente ciencia y arte de la fotografía. Teodoro no demoró en unirse a la comitiva, y el 29, tomando nota sin cesar, asistió a la primera demostración de fotografía realizada en estas tierras. La demostración pública del dispositivo fue realizada en la plaza de la Constitución, para posteriormente desde uno de los balcones del cabildo se tomaran las primeras impresiones fotográficas en y del Uruguay, una de la plaza y otra de su catedral.

Hacia esos años Teodoro contaba con una extensa colección de fósiles pertenecientes a nuestra fauna prehistórica, botánica así como sus consecuentes informes. Las mismas veces sucedía con ensayos antropológicos e históricos de exquisito rigor científico, fundando hacia 1843 junto a Andrés Lamas el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, su prolífico desempeño parecía no tener límites, cuando tras todo, simplemente había tomado la decisión de dar rienda suelta a su palpitar. Pero desde hacía ya cuatro años, el país se había sumido en guerra, una que tomó la magnitud de llevarlo a la difícil decisión de exiliarse en París. La "guerra grande" se había asentado en el Uruguay, pero de alguna forma Teodoro se había ya inmunizado si se quiere tras tan repetitivos sucesos bélicos. Durante su estancia en París no se privó de un antiguo deseo y designio moral, el de esparcir durísimas palabras al empresario Francois de Curel, quien tras el episodio en Salsipuedes, llevó cuatro nativos charrúas a ser exhibidos como ejemplares exóticos en París.

Una vez culminada la guerra, continuó aún dos años más en Francia antes de retornar finalmente a Uruguay en 1853, aunque en los siguientes años le aguardaba su última guerra.

...

Faltaban escasas dos horas para la puesta del sol. Observó cual daguerrotipo en su retina la belleza que le circundaba, inspiró hasta colmar sus pulmones de pureza, cerró su libretilla con paternal cuidado y, con la misma cadencia en sus pasos, se dirigió hacia el carrero que le aguardaba amargueando apaciblemente bajo unos transparentes. En el trayecto, una melancólica sonrisa se dibujaba en su rostro. Le sorprendía lo que a cada individuo sin distinciones le deparaba el entregarse en cuerpo y alma a sus llamados más interiores, no figuró la expresión pasión en sus rumiaciones, le costaba categorizar tal sentimiento, simplemente deseaba con todo el corazón que cada persona pudiese librarse de cualquiera

que fuera el lastre que limitase su expansión espiritual, que en el caso de Teodoro, había sido excepcional.

“Hermoso el ser humano, ¿No le parece Martino?”, el carrero se limitó a un huidiza mirada de reojo y un “si, puede ser”. Continuó Teodoro mentando mientras la carreta le zarandeaba entre los escarpados caminos a través del monte.

Pasando el Cerro, muy a la lejanía y San Felipe de por medio, lograba divisar la enorme columna de humo negro de la península de las carretas, humo que bien conocía, pues eran las batallas que estaba perdiendo a diario en una guerra tan cruel como las que conoció en forma de lanzas.

La fiebre amarilla estaba azotando la ciudad, y los convoyes cargados de cuerpos no cesaban de salir de los muros rumbo al enorme crematorio de la península. Una vez en la ciudad, Teodoro cubrió su rostro con un pañuelo, limpió golpeteando con sus manos la tierra de en túnica, pagó nueve pesos al carrero y se dirigió hacia el domicilio en donde estaba atendiendo a una humilde familia afectada por la peste. Su última batalla.

...

Como todo en su vida, fue tal la pasión con que se desempeñó en el arte de la medicina que hacia marzo de 1857, a sus 52 años de edad, contrajo la fiebre. Asediado por colegas y amigos que no cesaban de sugerirle abandonara su trabajo y pensara en él, retirándose a un lugar lejano donde mejorarse, dijo con la voz quebrada: “¿no se dan cuenta acaso de que esta gente, como todos ustedes, tienen pleno potencial de iluminar nuestra república, así sea en un ápice? ¿Qué hombre sería yo si no lucho por esa llama hermosa, capaz de lo más grandioso, que aún arde en ellos, y que se llama vida?”

El Doctor Teodoro Vilardebó falleció por el prójimo, y al prójimo dejó un legado de conocimientos en diversas áreas que enriquecieron enormemente al pueblo uruguayo, sin él, tal vez saberlo.

Teodoro Vilardebó (1803-1857) Médico Higienista, Botánico, Naturalista, Paleontólogo, Historiador, Cronista, Periodista, filántropo, un oriental / uruguayo más, un apasionado como los menos.

--- --- ---

Próximo número: José Pedro Varela. El principista.